

una vida inocente y rica en buenas obras para salir bien de un juicio en que todo será justicia y severidad.

Jesucristo sabía el día y hora del juicio final; no solo en cuanto Dios, sino en cuanto Hombre-Dios, siendo debido á su humanidad este conocimiento por razon de la union substancial con la naturaleza divina. Jesucristo, pues, quiso significar solamente que no habia sido enviado para enseñarles á los hombres este misterio, sino para enseñarles los medios de prevenirse contra las calamidades que le han de preceder, acompañar y seguir; y así, habiéndoles encargado que estuviesen alerta contra los falsos profetas, que nada omitirian para engañar á los fieles por medio de bellas palabras y de fingidos milagros, les exhorta á velar sin cesar para no ser sorprendidos.

Díceles despues, que estando puestos por intendentes ó mayordomos de su casa para distribuir á su pueblo el alimento de la divina palabra, debian cumplir fielmente con este encargo, no haciendo como el economo insensato, que viendo que su amo no vuelve, disipa en comilonas y locuras el caudal que se le ha confiado, y solo se sirve de la autoridad que tiene sobre los demas criados para maltratarlos, el cual merece por esta conducta desarrreglada ser precipitado con los hipócritas é infieles á aquel lugar de tormentos, donde no hay sino lloros y rechinar de dientes: que pues el soberano Juez debe venir sin avisarles el día ni la hora, velasen continuamente, como velaría un padre de familias si supiera la hora y la noche en que habia de venir el ladron á robar su casa: que pues conocian y sabian la voluntad de su amo, serian mucho mas culpables si no la cumplian; y que cuanto mas se les confiaba, tanto mayor sería la cuenta que tendrian que dar. Finalmente, que despues de haber hecho todo lo que se les habia mandado, lejos de engrirse y envanecerse, se tuviesen por unos criados inútiles. Advirtióles tambien que en el cumplimiento exacto de su ministerio no esperasen honra ni alabanza de parte de los hombres: que solo debian esperar ser despreciados del mundo; pero que Dios, por el cual debian únicamente trabajar, sería tambien su única recompensa.

Continuando el Salvador en recorrer los lugares que estaban al lado de allá del Jordan, respecto de la Judea, y

viéndose seguido de una infinidad de gente, se volvió hácia ellos, y les dixo (*Luc. 14.*): El que viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su muger, á sus hijos, á sus hermanos y hermanas, y aun á su propia persona, no puede ser mi discípulo: como tampoco el que no lleva cada dia su cruz y me sigue. No entiende aquí el Salvador por aborrecer á su padre y á su madre una aversion ó un odio formal; solo entiende que debemos estar dispuestos á sacrificarlo todo por su amor: la palabra *aborrecer* significa aquí, como tambien en otros lugares de la Escritura, amar menos; y así es como se explica san Mateo, cuando dice Jesucristo: *El que ama á su padre ó su madre mas que á mí, no es digno de mí* (*Matth. 20.*). Tambien pone el Salvador por fundamento de la salvacion la renuncia general de corazon de todas las cosas; y así dice: Cualquiera de vosotros que no renunciare todo lo que tiene, no puede ser mi discípulo. Como si dixera: en vano os empeñais en seguirme, si no despegais el corazon del amor de las cosas de la tierra, y si no estais dispuestos á privaros de todo lo que estimais mas, desde el punto que puede esto ser un obstáculo al grande y único negocio de la salvacion.

§. XLI.

Jesucristo dice que ha venido singularmente por los pecadores; y da saludables documentos á sus discipulos.

No pudiendo los escribas y fariseos sufrir la bondad y mansedumbre con que el Salvador dexaba se llegasen toda suerte de gentes, sin exceptuar á los publicanos y personas de mala vida (lo que chocaba mucho á aquellos soberbios hipócritas, siempre prontos á decir (*Luc. 15.*), No te arrimes á mí que estoy puro y limpio): para confundirlos, les dixo Jesus: Un hombre que tiene cien ovejas, ¿no dexa las noventa y nueve por correr tras la una que se ha descarriado; y habiéndola encontrado, no la carga gozoso sobre sus hombros, y la vuelve al rebaño, y convida á todos sus amigos á que se gocen con él? Asimismo

mo, una muger que de diez monedas de plata que tenia ha perdido una, ¿no enciende una luz, no barre la casa, y la busca con cuidado hasta que la encuentra; y habiéndola encontrado, no salta de gozo por haber encontrado lo que habia perdido? Así os digo, añadió el Salvador, que hay en el cielo un particular gozo en la conversion de un solo pecador.

Otra parábola propuso Jesucristo á sus discípulos, en que les dió una leccion capaz de confundir la avaricia de los fariseos, así como habia confundido ya su orgullo y su envidia: dixo, pues, á sus apóstoles, que un hombre rico tenia un mayordomo, á quien hizo venir á su presencia para que le diera cuenta de su administracion, y para quitarle su empleo por las quejas que le daban sobre su mal proceder. Viéndose el mayordomo á punto de ser reducido á mendigar, para tener donde recurrir, si acaso le quitaban su empleo, pensó en llamar á todos los deudores de su amo, uno despues de otro, y remitirles parte de sus deudas, permitiendo al que debia cien barriles de aceyte, que cogiera su obligacion, é hiciera una de cincuenta: al que debia cien medidas de trigo, que hiciera una de ochenta, y así de los demás. Quiso Jesucristo enseñar á sus discípulos á imitar no la injusticia, sino la astucia y la industria de este mayordomo, dándoles á entender, y diciéndoles: cuánto mas industriosos y hábiles son los hijos del siglo en sus negocios temporales, que los hijos de la luz; esto es, que los fieles en el importante negocio de la salvacion. Encárgales despues que sean fieles y puntuales observantes de los menores preceptos, haciéndoles conocer que en esta fidelidad en las cosas menores, es en lo que suele consistir la mas sólida eminente virtud.

Añadió despues el Señor que el mundo estaba lleno de escándalos: que era necesario que los hubiese; pero que infeliz de aquel por quien sucederia el escándalo: que el cuidado que debemos tener de apartarnos de todo lo que puede sernos un motivo de escándalo, no debia apagar en el corazon la caridad que debemos tener á las personas que los causan; sobre lo cual dió á sus discípulos excelentes reglas para corregir al que hace mal, y para perdonarle la injuria que se ha recibido de él. Si tu herma-

no te ha ofendido, les dixo, vele á buscar y amonéstale con agrado, sin que haya presente otro que tú y él para ganarle, si puede ser, con un modo tan lleno de caridad y de prudencia; pero si la correccion secreta no le sirve de nada, es bueno reiterarla delante de dos ó tres personas prudentes y discretas; y si todavía esto no alcanza, díselo á los superiores, y denúnciale á la Iglesia; y si acaso no escucha tampoco la voz de la Iglesia, mírale como á un infiel y un excomulgado. Sobre lo cual, habiéndole preguntado san Pedro cuántas veces debia perdonar las injurias que le hiciesen, le dixo Jesus que cuántas veces le injuriaran, otras tantas debia perdonar á quien le injuriase: No te digo, añadió el Salvador, que se debe perdonar hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete; esto es, cuantas veces recibas una injuria. Estas dos expresiones no significan un número determinado. Preguntaba san Pedro, si un hombre á quien se ha perdonado muchas veces, se hacia indigno del perdon cuando volvía á injuriar de nuevo; pero Jesucristo, quiere que perdonemos siempre que nos injuriaren.

Pasando Jesus por una casería, vió venir hácia sí diez leprosos, los que habiéndose parado léjos de él, gritaron: *Jesus, Maestro, Maestro, tened misericordia de nosotros.* Mandóles el Salvador que fuesen á presentarse á los sacerdotes: obedecieronle; y yendo á presentarse, se hallaron limpios. Por las palabras que les dixo Jesucristo les daba á entender bastantemente que curarian en el camino, pues solo estando ya limpios debian ir á presentarse á los sacerdotes, á fin que éstos sentenciasen sobre su curacion. Uno de ellos, que era samaritano, y por consiguiente extrangero, respecto de los judíos, volvió luego glorificando á Dios; y postrándose á los pies de Jesus con el rostro en tierra, le dió mil gracias porque le habia dado la salud. Queriendo Jesucristo hacer advertir cuán diferente era para con él la conducta de los gentiles de la de los judíos, le dixo al leproso: ¿No han sido curados todos diez? ¿dónde, pues, están los otros nueve? No se ha encontrado entre ellos otro que este extrangero que haya vuelto á glorificar á Dios. Y encarándose á él, dixo: Levánte, y vete; tu fe te ha salvado; queriendo,

sin duda, decir con esto, que además de su curación, su agradecimiento á su Salvador le había merecido la gracia de ser su discípulo.

Los saduceos, hereges judíos, que no creían la resurrección, pensaron embrollar y confundir al Salvador, haciéndole una pregunta capciosa (*Matth. 22.*). Maestro, le dixeron: Una muger que hubiese tenido sucesivamente siete maridos, ¿de cuál de los siete será al tiempo de la resurrección? Andais errados, les respondió el Salvador, teniendo la misma idea de la otra vida que de ésta; en la resurrección no habrá ni maridos ni mugeres, sino que unos y otros serán como los ángeles de Dios en el cielo.

§. XLII.

Resucita Jesucristo á Lázaro.

Entre todos los milagros que hizo Jesucristo, se puede decir que no hubo otro, ni mas estupendo, ni que diese mas golpe, ni que hiciese mas ruido que la resurrección de Lázaro.

Era Lázaro un hombre de distinción entre los judíos: vivía en Betánia, aldea de la Judea, cerca de Jerusalem, con sus hermanas Marta y María, discípulos todos tres del Salvador, el cual amaba á esta santa familia, y se había hospedado algunas veces en su casa. Habiendo Lázaro caído enfermo de peligro, sus hermanas se lo avisaron á Jesus por un propio, enviándole á decir solamente: *Que aquel á quien amaba estaba enfermo* (*Joan. 11.*). Recibida la noticia, respondió Jesus, que aquella enfermedad no era de muerte, sino para gloria de Dios, á fin que el Hijo de Dios fuese por ella glorificado. Detúvose todavía dos días en el mismo lugar, el que se cree era Betánbara; al cabo de los dos días, dixo á sus discípulos: Volvamos á la Judea. ¿Cómo, Señor, le dixeron, ha tan poco que los judíos te querían apedrear, y quieres volver á un país en donde no desean sino perderte? Díoles á entender Jesus, que nada se emprendería contra él, sino cuando él lo permitiera. Díoles despues: Nuestro amigo Lázaro duerme; pero voy á despertarle. Si duerme, res-

pondieron ellos, escapará de su enfermedad. Llamaba Jesus sueño á la muerte de Lázaro, porque sabía muy bien que no le costaría mas el resucitarle, que el despertar á un hombre que duerme, y está sano y bueno. Entonces Jesus les dixo abiertamente: Lázaro ha muerto; y me alegro por vosotros no haberme encontrado allí, á fin que vuestra fe sea mas perfecta. El Salvador no llegó á Betánia hasta cuatro días despues de estar enterrado Lázaro. Como Betánia estaba cerca de Jerusalem, habían ido muchas personas de dicha ciudad á consolar á las dos hermanas en la muerte de su hermano. Sabiendo Marta que llegaba Jesus, corre á encontrarle fuera de la población, y bañada toda en lágrimas, le dice (*Ibi.*). Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto: pero sé que eres todopoderoso, y esto es lo que me consuela. Díxola Jesus: *Tu hermano resucitará.* Marta le respondió: Sé que resucitará en el último día al tiempo de la resurrección. Yo soy lo resurrección y la vida, replicó Jesus; el que cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá; y cualquiera que cree en mí, no morirá para siempre; ¿creéis esto? *Si, Señor,* respondió Marta, *yo creo que vos sois Cristo, hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo.* Dicho esto, corrió Marta á avisar á su hermana María, y la dixo al oído: El Maestro ha llegado, y pregunta por ti. Al oír esto María se levanta, y va á encontrar á Jesus fuera del lugar, en el sitio en donde Marta le había encontrado. Siguiéronla todos los que estaban con ella en casa, imaginándose que iba á llorar al sepulcro de su hermano.

Luego que hubo llegado al lugar donde estaba Jesus, se postró á sus pies, y le dixo llorando: Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano. Viendo Jesus llorar á las dos hermanas, y á los judíos que habían venido, se enterneció hasta derramar también él algunas lágrimas. Al ver esto los judíos, se decían unos á otros: Mirad cómo le amaba. Algunos dixeron también: ¿Este que ha dado vista al ciego de nacimiento, no podía hacer que Lázaro no muriera? Preguntó entonces el Salvador dónde le habían enterrado, no porque lo ignorase, pues todo lo sabía, sino porque quería que los circunstantes reflexionasen sobre todo, para que el milagro les diese

mas golpe. Ven, le dixéron, y lo verás. Habiendo ido Jesus al lugar de la sepultura; (era éste un hueco, cavado en una roca, y tenia por encima una piedra; siendo, por lo comun, los sepulcros de los judíos una especie de grutas ó cuevas, cavadas en las rocas, ó hechas de cal y canto, y cuya entrada se cerraba con una piedra bastante abultada: habia en dichas cuevas muchas pequeñas celditas, ó nichos acomodados para tener cada uno su cuerpo. La manera de sepultar entre los judíos era cubrir la cabeza y el rostro con un lienzo, que los latinos y los griegos llamaban sudario, por ser á manera del pañuelo de que nos servimos para limpiarnos el sudor; lo demas del cuerpo lo envolvian en una sábana, la que se apretaba despues con muchas bandas, ó tohallas desde los hombros hasta los pies.) Habiendo, pues, llegado Jesus al lugar de la sepultura, mandó se quitara la piedra que la cerraba. Díxole entonces Marta: Señor, no puede dexar de oler mal, porque ha quatro dias que está enterrado. Jesus la replicó: ¿No te he dicho ya, que si crees verás á Dios glorificado? Quitáron pues la piedra. Quiso el Señor que se abriese el sepulcro, dice san Ambrosio, para que todos los que estaban presentes conociesen bien por el hedor del cadáver, que estaba ya medio podrido. Entonces Jesus levantando los ojos al cielo, dixo en alta voz (*Joan. II.*). *Padre, te doy gracias porque me has oido, aunque yo sabia muy bien que siempre me oyes; pero he dicho esto por la gente que está aquí para que crean que me has enviado.* Levanta el Salvador los ojos al cielo, dicen los santos padres, y se dirige á Dios Padre, para que no se le pudiese acusar de que usaba de sortilegios, y de que hacia un tan grande milagro por arte del demonio. Dale gracias, porque le ha oido aun antes de haberle suplicado; y añade, que sabe muy bien que su Padre siempre le oye, para manifestar, dice san Crisóstomo, que no es como los otros profetas que necesitan emplear los ruegos á Dios para obrar acciones milagrosas, sino que las hace por su propio poder. Habla tambien como si la cosa estuviera ya hecha, porque como no puede querer sino lo que quiere su Padre, está seguro que su Padre tampoco puede querer sino lo que él quiere; lo cual prueba evidentemente la unidad de voluntad y de poder en emtrámbos. Añade el Salvador

que lo que ha dicho, solo lo ha dicho para que los que están presentes sepan y crean que es el verdadero Mesías, enviado por su Padre celestial, con el cual no tiene sino una misma voluntad. Nótese que el Hijo de Dios siempre tiene cuidado de persuadir bien al pueblo que en nada es inferior á su Padre; si le suplica y habla algunas veces como hombre, y en calidad de tal como inferior á su Padre, mezcla siempre en su deprecacion algunos rasgos que manifiestan su igualdad.

Dichas estas palabras, exclamó el Salvador con un tono de voz muy alto (*Joan. II.*): *Lázaro, ven afuera.* Á estas palabras sale del sepulcro el muerto con las bandas con que le habian atado los pies y las manos, y con el sudario que cubria el rostro. Fue este un segundo milagro, sin el cual era imposible que un hombre, por mas que estuviese resucitado y sano, pudiese salir del sepulcro, teniendo como Lázaro los pies ligados y juntos el uno con el otro, y las manos tendidas á lo largo de sus costados, y atadas al cuerpo. Hizo Jesus que lo entendieran así, cuando mandó que le desataran, y le dexasen ir.

Jamás se vió prodigio tan estupendo: ¿qué demostracion mas visible de la omnipotencia y de la divinidad de Jesucristo! Ninguna cosa probaba mas invenciblemente que Jesucristo era el Mesías; tan convencidos de ser así quedáron los judíos que se hallaban presentes, que no pudieron menos de reconocerle por tal. Habian visto á Lázaro muerto y sepultado quatro dias habia, y que el cadáver olia mal, y estaba medio podrido: habian ellos mismos quitado la piedra que cerraba el sepulcro; y al solo mandato que Jesus intima al muerto que salga del sepulcro, sale Lázaro ligado todavía con las bandas, y envuelto en sus mortajas. Se le desata en presencia de todos; ellos mismos le desatan. Lázaro vuelto del otro mundo, Lázaro resucitado abre los ojos, ve, habla, se postra á los pies de Jesucristo, le adora, y pocos dias despues se le ve á la mesa en compañía de otros muchos, y mas de sesenta años despues predica el evangelio á los de Marsella, y convierte casi toda esta insigne ciudad; y por último, tiene la dicha de dar su sangre y su vida por aquel Señor que le habia sacado del sepulcro. Un milagro tan pasmoso y tan evidente convirtió muchos de aquellos judíos que habian

sido testigos oculares de él. La fama de este prodigio se extendió bien pronto por todas partes; y muchos de los que le habian visto, corrieron á Jerusalem, y fueron á contar á los sacerdotes, á los escribas y fariseos el prodigio que Jesus acababa de hacer; de modo, que el tal milagro vino á ser el asunto ordinario de todas las conversaciones.

§. XLIII.

Los judíos tienen consejo contra el Salvador, y concluyen que se le debe hacer morir.

La resurreccion de Lázaro era, por decirlo así, un milagro vivo; y cada uno podia convencerse de élla por sus propios ojos. En toda Jerusalem resonaban las alabanzas que se daban á Jesus, á quien ya no le llamaban sino el Mesías; y á la verdad era bien difícil no reconocerle por tal á vista de unos rasgos tan estupendos. Informados por sí mismos de la verdad del hecho los sacerdotes, especialmente los mas calificados, y los escribas y fariseos, se juntaron para deliberar sobre lo que debian hacer. Era mas claro que el sol que un hombre que dice que es el verdadero Hijo de Dios y el Mesías, que lo prueba con los mas estupendos milagros, y en quien se verifica todo cuanto los profetas predixeron del Hijo de Dios, debe ser reconocido por tal: no se podia concluir otra cosa, es verdad; pero cuando quien domina es la pasion, cuando la envidia y el odio se han apoderado del corazon y del espíritu, estamos furiosos, estamos ciegos, no usamos de la razon; esto se ve palpablemente en toda la conducta que observan con Jesucristo los fariseos y los príncipes de los sacerdotes: convienen todos en el principio, todos están convencidos de los hechos; y concluyen todos que deben deshacerse de un hombre tan prodigioso, y en quien todo el mundo reconoce todos los rasgos y el carácter del Mesías. Esta fue la deliberacion y la conclusion de aquel impío consejo.

Este hombre dice positivamente que es el Hijo de Dios, que es Cristo, que es el Mesías: en prueba de éllo obra en el nombre de Dios, su Padre, los milagros mas inauditos

hasta resucitar muertos enterrados cuatro dias habia, medio podridos, y que despedian de sí tal hedor, que no se podia sufrir. Si le dexamos en paz, todo el mundo creerá en él, y los romanos, que ya nos han subyugado, y hecho como sus tributarios, acabarán de destruirnos, se apoderarán de esta ciudad, y aniquilarán nuestra nacion. Uno de ellos, llamado Cayfas, el cual era sumo sacerdote aquel año, les dixo entonces: Vosotros no entendeis de esto: ¿No veis que es interes vuestro que un hombre solo muera por todo el pueblo, y que no perezca toda la nacion? Hablaba mejor Cayfas de lo que se imaginaba: su pensamiento era que valia mas sacrificar á Jesus haciéndole morir sin otro motivo, que porque con sus milagros atraia á sí demasiadas gentes, las cuales podrian reconocerle un dia por rey, y dar ocasion con esto á los romanos para arruinar el país y el templo; y que así valia mas sacrificar un solo hombre, que todo el pueblo, y prevenir con la muerte de uno la ruina de toda la nacion.

Esto era lo que Cayfas queria decir; pero Dios daba un sentido muy diferente á lo que decia. Cayfas habló por su espíritu particular como político; pero al mismo tiempo habló por el espíritu de Dios como profeta, en calidad de sumo sacerdote, diciendo que convenia que Jesus muriese, no solo para salvar á la nacion judáica, sino tambien á todo el género humano: *Expedit vobis, ut unus moriatur homo pro populo, et non tota gens pereat.* Tomada la resolucion, los fariseos y los sacerdotes no pensaron ya desde aquel dia sino en ver cómo habian de quitarle la vida; para éllo diéron secretamente sus órdenes, para que en cualquiera parte que estuviesen se le prendiese. El Salvador, á quien nada le era oculto, y que segun los eternos decretos no queria ser inmolado sino en la fiesta de pascua, no se dexó ver mas en público: retiróse á una ciudad cerca del desierto, á los alrededores de Betél, donde permaneció cerca de dos meses con sus apóstoles, preparándoles para el escándalo de su pasion y de su muerte.

Estando cerca la solemnidad de la pascua, en la cual Jesus habia de consumir por el sacrificio de su vida la grande obra de nuestra redencion, se dispuso á la muerte con gozo, y se puso en camino para ir á Jerusalem con un rostro tan sereno, que denotaba el ardiente deseo que

tenia de dar su vida por la salvacion de los hombres. Quiso ir por la Samaria; y llegó á una ciudad de la provincia, en donde no le quisieron admitir, porque conocieron que iba á Jerusalén: tan viva estaba siempre la antipatía de los samaritanos con los judíos. Los dos hijos del Zebedeo, Jacobo y Juan, indignados de la afrenta que hacian á su Maestro, le dixéron: Señor, ¿quieres que hagamos que baxe fuego del cielo, y los consuma para vengaros de la afrenta que os hacen? El Salvador, que queria enseñarnos que el espíritu de sus verdaderos discípulos debía ser un espíritu de caridad y de mansedumbre, y que todo zelo duro y amargo es un zelo falso, volviéndose hácia ellos, les reprendió, diciéndoles: No sabeis con qué espíritu debéis obrar: el Hijo del hombre no ha venido á quitar la vida, sino á darla: no ha venido á perder á los pecadores, sino á salvarlos, y á usar con ellos de misericordia: sabed que yo quiero la misericordia y no la venganza (*Matth. 9.*); *porque no he venido por los justos, sino por los pecadores.* Dicho esto, pasó adelante, y fuéron á hospedarse á otro pueblo.

§. XLIV.

*Predice Jesucristo su muerte,
y todas las circunstancias de su pasion.*

Si la serenidad y la alegría se manifestaban hasta en el rostro de Jesucristo, no sucedia lo mismo en el corazon de los apóstoles: el temor de lo que habia de suceder los tenia en una profunda tristeza. Advirtiéndoles el Salvador; y queriendo alentarlos, previniéndoles lo que habian de ver dentro de poco, los tomó á parte, y les dixo: Hijos míos, por fin vamos á Jerusalén, en donde se cumplirá todo lo que los profetas han predicho del Hijo del hombre; porque será entregado á los príncipes de los sacerdotes y á los escribas, los cuales le condenarán á muerte, y le entregarán á los gentiles para ser tratado con irrisión, para ser azotado y cubierto de salibas; y despues que le hubieren azotado y tratado con la mayor indignidad, le quitarán la vida. Os he predicho ya todo esto muchas veces para que

cuando lo veais suceder, sepais que nada sucede ni sucederá que yo no lo haya previsto antes, y que no esté en mi mano el evitarlo; pero si yo lo padezco, es porque he querido padecerlo; es porque conformándome con la voluntad de Dios mi Padre, he querido redimir á los hombres por medio de una muerte tan ignominiosa. El evento de esta prediccion, que bien presto veréis cumplida hasta en sus menores circunstancias, os debe responder de la verdad de la que voy á hacerlos; esto es, que resucitaré glorioso y triunfante tres dias despues de haber muerto en una cruz: la seguridad que os doy de que resucitaré, os debe alentar contra el escándalo de mi muerte; y el claro conocimiento que tengo de la una y de la otra, debe seros una prueba evidente de mi divinidad, por mas repugnante que os parezca, y por mas contraria y opuesta que se os figure una tal pasion, y una tal muerte á la cualidad de Mesías. El evangelio nos dice, que los apóstoles no comprendieron esta tercera prediccion, como tampoco habian comprendido las otras dos.

Aún no habia acabado de hablar el Salvador, cuando Salomé, madre de Juan y Jacobo, se llegó á él, y le pidió se dignase prometerles á sus dos hijos las dos primeras sillas de su reyno (*Luc. et Matth. 18. et 20.*). El Salvador no dió respuesta á la peticion algo ambiciosa de esta muger; sino que dirigiéndose á sus hijos, que eran los que la hacian hablar, les dixo: No sabeis lo que os pedis: mi reyno no es como vosotros lo imagináis: los primeros puestos de él no se dan al simple favor, sino al mérito; y el medio para merecerlos son los trabajos, las humillaciones y las cruces: ¿podeis beber el cáliz que yo he de beber? Esta expresion que se encuentra muchas veces en la Escritura, estaba muy en uso entre los judíos para significar las penalidades y las aflicciones. Podemos beberle, respondieron los dos hermanos. Parece que esta respuesta, lejos de venir de presuncion, nacia de un efecto sincero, y del amor tierno que entrámbos profesaban á Jesucristo: así se ve que el Salvador les aseguró que participarian de su cáliz; pero que en cuanto al puesto que habian de tener en su reyno, debian dexarlo á la disposicion de su Padre. La ambicion de los dos apóstoles desagradó á los otros diez, los que no dexaron de indignarse algún tanto.